

## **Un mundo diferente**

(Lola Verdú Beviá)

Viernes 22 de octubre, 7:00 a.m.

Mi alarma suena, sacándome de mis pesadillas y avisándome de que es hora de ir al instituto, al infierno. Sigo yendo a la escuela simplemente para no crear dudas. Aunque no tenga móvil y no salga de casa, sigo teniendo “amigos” que puede que se pregunten dónde estoy.

7:30 a.m.

Ya estoy listo, y cuando salgo de casa me despido con un agradable “hasta luego”, nadie responde, cierro la puerta y me río. 10 días, han pasado 10 días desde que mis padres no están. Bueno, más bien...; yo los eché, por así decirlo. No podía aguantar que esos demonios me prohibieran la libertad, así que los saqué a cuchillazos.

Mi vida es un asco, mis padres pensaban que estaba loco, así que tuve que someterme a diversas “interrogaciones” de psiquiatras, obviamente no les iba a contar lo que me estaba pasando, mis problemas son míos y los confrontaré yo solo. Para pasar desapercibido tuve que crear una faceta falsa, dejar de ser un demonio que oye y ve cosas y aparentar ser un ángel. Pero ya no lo soporto, los monstruos carcomen mi cabeza y la consumen poco a poco y no paro de escuchar cómo alguien susurra cosas a mis oídos.

7:50 a.m.

Me dirijo a mi respectiva clase para empezar un día más de instituto, los pasillos están repletos de mis compañeros, todos son demonios, demonios de sangre fría. En este pueblo no hay ángeles, solo monstruos y demonios. Los oigo cuchichear cosas, tal vez estén hablando de mí, no me gusta llamar la atención pero es lo que pasa si eres un demonio que pretende ser un ángel.

Con el paso del tiempo, a la vez que descubría nuevos demonios, dejaba atrás otras cosas, como mis estudios, mis pastillas y mi salud. Mis compañeros no son tan listos como para darse cuenta de estos cambios, solo piensan en sí mismos. Ya no me interesa hacer nada de todas formas, sé muy bien que no tengo un futuro muy prometedor, ya que mi vida está manchada de un color rojizo.

9:22 a.m.

Me toca corregir un ejercicio, no soy una persona a la que le guste llamar la atención, se podría decir que me pone enfermo. Así que ¿por qué me miráis? No lo entiendo, no entiendo por qué me miráis. ¡No me miréis, dejadme en paz! Las voces se vuelven más

fuertes y resuenan en mi cabeza acompañadas de un dolor punzante que se siente como un millón de agujas. Comienzo a gritar de la agonía mientras todos esos ojos siguen fijos en mí. Puede sonar exagerado, pero para alguien como yo es insoportable.

En un intento desesperado por calmar el dolor, comienzo a darme cabezazos contra la pared, pero las voces no cesan, comienzo a gritar “¡dejad de mirarme, malditos demonios de mierda!”. Acto seguido cierro los ojos para no ver a las amorfas criaturas que empezaban a aparecer alrededor de mí y comienzo a llorar. Todo pasó muy rápido aquella vez.

Hace gracia, ¿verdad? Mis compañeros comenzaron a reírse de mi inusual comportamiento, pero sus caras pasaron a ser de “preocupación”, más bien de miedo cuando vieron unas pequeñas grietas en la pared de la clase y mi frente más roja de lo normal. ¿El profesor? Tenía la misma cara que mis compañeros y tardó unos segundos más en salir de la clase a avisar al director.

9:32 a.m.

—¿Y tus padres? —me pregunta el director serio, pero angustiado a la vez.

—¿Eh?

—Les hemos llamado pero no nos han cogido el teléfono.

—Ah, están trabajando —digo tranquilo e intentando persuadir las voces.

—¿Por qué te estabas golpeando contra la pared? Eso no es normal.

—Me preocuparía encontrar a alguien normal.

—No has contestado a mi pregunta.

—No sé, estaba nervioso, ¿hemos terminado?

—Vete, hablaré con tus padres.

“Dudo mucho que puedas contactar con ellos”, pensé.

10:08 a.m.

Después de la charla con el director me enviaron a casa y, aquí estoy, escuchando ruidos incomprensibles y esperando a que caiga la noche para poder “descansar”.

8:01 p.m.

Me preparo la cena mientras criaturas sombrías me rodean y me observan, antes me ponían muy nervioso e intentaba golpearles pero ahora solo me producen inquietud.

9:45 p.m.

Cuando termino de cenar me cambio y me voy directamente a la cama.

11:51 p.m.

Es casi media noche y aún no he conseguido conciliar el sueño y me empiezo a estresar.

Sábado 23 de octubre, 0:01 a.m.

Los monstruos no paran de susurrar muy cerca de mis oídos y solo espero que los cabezazos en la pared no despierten a los vecinos.

11:32 a.m.

Me levanté y fui a la cocina, me puse mis cascos y la música al volumen máximo, sé que puede perjudicar a mi audición, pero es un intento para no escuchar a nadie recién levantado.

11:43 a.m.

Después de desayunar me vestí y me senté en el salón para acto seguido ponerme a hablar con Sombra. Hace tiempo que esta entidad me persigue adonde voy, así que decidí ponerle un nombre y tratar de hablar con él en un intento desesperado de socializar, ya que todos mis compañeros me evitan. Antes hablaba con Sombra en público pero todos me miraban con cara de extrañados. Como si estuviera hablando solo, como si solo yo lo viera.

4:05 p.m.

Hoy no he comido nada, mi salud empeora cada día más, la comida se agota poco a poco, los demonios caminan tranquilamente por la calle y yo no salgo ni al portal del edificio.

Si no hago algo moriré pronto, por eso voy a acabar con este sufrimiento de una vez. Creo que es hora de que el falso ángel aprenda a volar.

11:54 p.m.

Sombra, las voces, los fantasmas de mis padres y las demás entidades me acompañan hasta la azotea del edificio.

Extiendo mis alas de mentira y me dejo caer, pero no consigo alzar el vuelo, solo caigo y caigo, dejándolo todo atrás, a los monstruos, a los demonios, a Sombra, a mis padres, que me miran sonrientes desde la azotea, a mi futuro, a mi vida.

Mientras caía, solo escuchaba el ruido de los coches, el aire y las voces se iban quedando cada vez más atrás. La luna llena me acompaña y es la última luz que veo antes de caer al suelo.

Y es en ese momento, en el momento en el que mi espalda choca contra la acera, en el que todo cesa, no escucho nada, no veo nada, no siento nada.

“Pretendí ser un ángel, pero siempre seré un demonio”. Eso fue lo último que pensé antes de terminar con todo, antes de morir.

Martes 26 de octubre, 0:30 a.m.

Morgue del hospital.

—¿Qué dice su expediente?

—Harold Williems, pero sus compañeros lo llamaban Haru, 12 años. Sufría esquizofrenia. Se comportaba de forma extraña, según sus compañeros de clase y sus profesores. Según las declaraciones de sus psicólogos, se comportaba aparentemente normal con ellos, e incluso decían que estaba mejorando, pero al parecer no era así. Cuando los policías entraron para registrar la casa, a parte del cuarto del niño lleno de arañazos y grietas, encontraron los cuerpos de sus padres en la cama, en estado de descomposición.

—Joder.

—No me imagino por lo que ha tenido que pasar para llegar al punto de suicidarse. Ahí donde lo ves era un niño más, nadie diría que tenía esquizofrenia. Solo que... no era normal.

—¿Acaso alguien lo es? La esquizofrenia es una enfermedad horrible y si ya de por sí se la aplicas a un niño... Esto es lo que hace la gente cuando su única salvación es la muerte.

—¿Crees que alguien irá a su funeral?

—No creo, según la policía, a sus compañeros les inquieta hablar de él. Así que iré yo, es muy triste que no vaya nadie a tu funeral.

5:30 p.m.

Pensaba que nadie vendría a mi funeral. Sí esperaba que vinieran mis padres y Sombra pero ahí estaba ella, una forense que no me conocía de nada y que había hecho un hueco en su agenda solo para venir a verme. A lo mejor, en este mundo de demonios, sí que hay sitio para algún ángel.